

001

INSTINTO Y RAZÓN

Cuando todo empezó yo era un renacuajo de tan solo diez primaveras, excesivamente delgado y con las piernas demasiado largas, habitando un cuerpo que no encajaba conmigo y que se hallaba en permanente transformación; por eso mis recuerdos se desdibujan como la bruma, en los caprichosos pliegues de la memoria. Cada cumpleaños me arrimaba al marco de la puerta y, como si de un ritual de paso se tratase, mi madre marcaba con un lapicero una raya a la altura de mi coronilla, para comprobar y calcular mi imprevisible crecimiento año tras año. Solo podía explicarme a través de la magia el hecho de que creciera tanto, que fuera un proceso imparables pero invisible que me dejaba boquiabierto; calculaba los días que restaban para mi cumpleaños con el ferviente deseo de repetir aquel rito y verificar la nueva estatura de mi desconocido cuerpo. Cada nuevo aniversario era un periodo fértil repleto de iniciativas y proyectos a cual más ilusionante, en un mundo que se desplegaba ante mí como un inconmensurable océano de aguas mansas. Lo más frustrante de la madurez, es no poder recuperar todos los pensamientos que por mi mente han discurrido, todas aquellas deslumbrantes ideas que infería observando el mundo de mi entorno. Intento inútilmente rememorar aquellos vírgenes balbuceos de mi inquieta e infantil mente, pero el tiempo consigue desvanecer mi más inocente e ingenuo pasado.

A veces tengo la impresión de que podría arrugar la frente con tal intensidad, que sería capaz de conseguir que

las evocaciones de mis primeros años de existencia rebrotaran a raudales como el agua de los manantiales.

Cierro los ojos hasta lastimarme, buscando obsesionado entre los recovecos de mi memoria recuerdos del pasado, de aquellos diez primeros años en los que fui tan feliz.

La primera película que recuerdo haber visto es *Qué verde era mi valle*, una impactante trama del gran John Ford, interpretada por la bella Maureen O'Hara; y la puedo explicar ahora con las estrategias y herramientas que otorga la experiencia, que permite ver las cosas con mayor clarividencia y globalidad, porque en aquellos años, es como si una nebulosa me impidiese comprenderla. Pero sí podía entender algunos de sus elementos, como la dura vida de los mineros de Gales, sus terribles condiciones laborales y sus justas pretensiones de ascenso social. También recuerdo con una arrebatadora nostalgia aquella campiña británica, rica en pastos, en árboles y naturaleza, destrozada por la ambición humana de extraer las riquezas del subsuelo. Cómo el carbón se llevó la belleza del paisaje, convirtiendo aquellos prados en campos yermos donde la vida se extinguió sin remedio, dejando a sus pobladores sin nada para sobrevivir. Y trazo paralelismos con mi mundo para reflexionar y comprender por qué hemos terminado viviendo como ratas, acosados por un planeta que ya no nos pertenece y siendo víctimas de la razón, aquella persistente obstinación que nos repetía los beneficios, los activos, la solvencia, las posibilidades... todo mentira. Vanas ilusiones que gestaron cuatro sinvergüenzas para arrebatarnos lo que más queríamos, como viles ladrones en la noche.

Pero volvamos a evocar el dulce pasado de mi infancia. No deseo adelantar acontecimientos, porque mis primeros años los disfruté rodeado de todo el cariño con el que un niño pueda soñar, envuelto en una sábana invisible y protectora que todos los días me regalaba un beso, el de mi

madre al darme los buenos días acompañados de su dulce y cálida sonrisa.

Vivíamos en un barrio humilde de una ciudad mesetaria, asombrosamente gélida en invierno y demasiado cálida en sus cortos pero intensos veranos. Un manto de niebla cubría la superficie en diciembre, y se masticaba la humedad en la boca, agradable sensación que ahora recuerdo con rabiosa nostalgia. Caminaba del colegio a mi casa jugando con el vaho de mi respiración, imaginando que fumaba un puro invisible; de tanto practicar, acabé aprendiendo a realizar círculos perfectos en el aire que antes de evaporarse simulaban corazones. Habilidades efímeras que se disolvían al instante, casi con la misma rapidez con la que protegía mis manos en los bolsillos para escapar del frío que las congelaba.

Mi madre me animaba a desperezarme para ir al colegio poniendo una música muy suave, que no he vuelto a escuchar ni consigo recordar. Siempre era la misma, una cadenciosa letanía que no me gustaba lo más mínimo; pero al final me acostumbré a levantarme en compañía de aquel sonido tan familiar, afable pero repetitivo, produciéndome una envidiable paz interior que me cautivaba. Mientras me aseaba, ella preparaba un buen tazón de leche con cacao y azúcar, acompañado de una desmesurada torre de galletas que atacaba sin compasión, entre risas y gracias que mi madre no paraba de gastarme. Después me obligaba a lavarme los dientes y con la pesada mochila a cuestas, me marchaba al colegio. Todavía soy capaz de sentir el peso de tantos libros como llevaba a mis espaldas, aún tengo esa impresión grabada a fuego en mi mente.

Ella trabajaba en la casa de un millonario, de un richón que nació con la cuchara en la boca, dueño de uno de los bancos más prósperos e importantes del país. Cuidaba una de sus muchas casas, una enorme mansión con decenas de estancias; limpiaba las múltiples e innumerables habitaciones y fregaba y fregaba durante horas, interminables

pasillos, decenas de ventanales y cientos de escaleras. Luego le tocaban las cocinas, dejar impolutos fuentes de platos de las numerosas fiestas como se celebraban entre aquellos muros. Naturalmente el banquero gozaba de más posesiones, pero curiosamente era esta, situada en una espectacular zona residencial de la ciudad, su favorita.

Mi madre acudía religiosamente todos los días para ganar un sueldo que nunca llegaba a fin de mes. Mis conocimientos monetarios eran nulos, porque no entendía que trabajase para un millonario y sin embargo el sueldo fuera tan escaso. Algo en mi interior me demostró que quienes más poseen, más ambicionan y menos dispuestos están a dar. Pienso en el millonario y en el final que el destino le aguardaba, tal vez un final hecho a su medida; el final que se merecen los de su calaña: una afilada y enorme guadaña le esperaba para segarle el cuello, con la misma compasión que tuvo él con el resto de los mortales que trabajaron a sus órdenes.

Nunca supe nada de mi padre, y ella tampoco me lo quiso confesar. Corría un tupido velo desviando mi atención y me hablaba de que nosotros éramos inmigrantes y que vivíamos en un país «prestado», donde nada, absolutamente nada, era nuestro. Ni lo sería jamás. He de señalar que mi madre se llamaba Malika, y a pesar de sus orígenes magrebíes, lucía una lustrosa melena rubia con mechones rebeldes que ocultaban sus luminosos y vivaces ojos. Y yo, con Nabil como nombre, había heredado el mismo color de cabello y pasaba desapercibido entre mis compañeros. Había nacido en aquel país, por lo que carecía del rígido y sospechoso acento bereber de mi madre, incapaz de corregir. No se me notaba nada en absoluto, pero ella siempre me advertía de que me tratarían como a un extranjero, a mí y a todos mis descendientes. Que pasaría un siglo y mis nietos seguirían siendo tratados como extranjeros. Debía comprender que casi todos los europeos eran muy poco tolerantes, y para

ellos sería una amenaza invasora, hiciera lo que hiciese nada cambiaría su apreciación.

A la vuelta del colegio devoraba ricas comidas que ella cocinaba con esmero, platos que no he vuelto a saborear en mi vida, multitud de verduras, pescados, tipos de carne que ya no existen y que se me hace la boca agua con solo recordarlos. El *cous cous* cocinado de mil maneras, las ensaladas a base de calabacín y pimientos, el *tabouléh*, el cordero con puerros y berenjenas...

Durante la comida le comentaba lo que más me interesaba de la escuela, naturalmente seleccionaba solo aquellos detalles que sabía que le harían sentirse orgullosa de mí. Porque las clases eran un verdadero martirio, un suplicio insostenible del que siempre me evadía, ausentándome durante horas imaginándome que era un astronauta de expedición por otros planetas, admirando las aventuras que vivía frente al encerado, donde la profesora resolvía raíces cúbicas de las que nunca comprendí su utilidad. Y luego la anhelada clase de religión; digo anhelada porque para mí suponía un auténtico alivio quedarme fuera, con libertad para ir a la biblioteca o deambular por el patio. El último curso sufrí la compañía de otro compañero con el que no me llevaba nada bien, pero como estábamos solos, no teníamos más remedio que caminar juntos. Y a fuerza de caminar juntos, de la indignación pasé a la resignación, y en poco tiempo, a la satisfacción. Él era mormón y yo musulmán. No tenía la menor idea de lo que significaban esos efímeros conceptos, solo que nos trataban de forma diferente como si cualquier detalle por nimio que fuera, pudiera herir nuestra sensibilidad. Un mormón y un musulmán, buena mezcla para cambiar el mundo o estropearlo de forma definitiva. La inmensa mayoría de compañeros eran cristianos, y nos miraban con sentimientos encontrados de recelo o envidia, a veces como si hubiésemos sido abducidos por un platillo volante y estuviéramos recién aterrizados de vuelta a casa. Y

con ese niño mormón que se llamaba Tomás, mes tras mes, acabé trabando una buena amistad, tal vez por la necesidad imperiosa de no estar solo toda la hora; tal vez fuera una relación interesada y coyuntural, pero después de todo un curso, acabamos riéndonos juntos y disfrutando de aquellos ratos de soledad compartida.

Y fue él quien por primera vez en mi vida, me alertó del infierno al que estábamos a punto de descender. Los demás compañeros se examinaban de religión y él y yo paseábamos debajo de unos majestuosos sauces llorones, ocultos entre el profuso ramaje. Habíamos saltado la tapia del colegio para poder andar un poco más, y hablando de nuestras incipientes vidas como jubilados con acumulada experiencia, él se detuvo y se colocó frente a mí, clavándome sus ojos para revelarme lo que parecía un gran secreto:

—Debajo de la tierra y a muchísimos kilómetros de profundidad, hay un tesoro que gente sin escrúpulos ansía extraer. Sus riquezas serán solo para ellos y no las compartirán con nadie, y a nosotros nos dejarán las puertas del infierno abiertas. Y los demonios serán libres y vendrán a por nosotros.

—No sé de qué me estás hablando, no me gusta que me asustes. ¿Estás seguro, Tomás?

—Ni lo dudes— Su semblante serio impresionaba a cualquiera—. Y muy pronto lo veremos y lo padeceremos, y todo cuanto nos rodea se convertirá en polvo, serán cenizas —he de añadir que a Tomás le fascinaba expresarse con un inigualable aire tremendista, como si fuera un actor de teatro interpretando un trágico drama griego—. Arrancarán esos tesoros del interior de nuestro mundo, tesoros que llevan muchos milenios sepultados por la madre naturaleza, ocultos de nuestros ojos para que no los codiciemos.

—¿Y si son tesoros, por qué están ocultos bajo la tierra?

—La razón es muy simple, porque son muy peligrosos. ¿Has oído hablar de la caja de Pandora? —Abrió sus

enormes ojos ante mi estupefacción y levantó el dedo índice señalándome como un profesor.

—Algo me suena, una caja que guarda muchos misterios y que abrirla es de locos, porque sus consecuencias son imprevisibles si se escapa lo que hay en su interior.

—Exactamente, porque se liberarán al mundo todos los demonios —sus ojos desorbitados me producían un cierto estupor, además, se aproximaba tanto a mi rostro que invadía todo mi espacio visual, sin permitirme distraer la atención—. Piensa que si está oculto es por algo. Destapar lo que lleva milenios sepultado... es una locura y no sabemos lo que se destapará.

La exclamación de sus ojos, la fuerte entonación de su intensa voz, su mirada atónita y sus exagerados gestos, le dotaban de una enorme capacidad de dramatización, hubiera valido para el mundo del teatro o para el cine, como un apuesto actor que pudiera interpretar improvisando todo tipo de papeles. Preparado para cualquier trabajo, era capaz de engatusar a cualquiera con su avispada mirada y la fuerza de sus ojos.

Recordarlo me produce múltiples punzadas en el corazón, porque fue de los primeros en caer.

Yo mismo me encargué de enterrar su cadáver...

En aquella época no me creía sus teorías apocalípticas, porque también me insistía en la más que probable llegada de un meteorito que destrozaría la mayor parte del planeta, y que nos extinguiríamos sin remedio, como los dinosaurios millones de años atrás. Le escuchaba escéptico y me callaba, quizás porque disfrutaba de su vivo e imaginativo mundo interior, de sus desbordantes pensamientos y de sus incendiarias y extravagantes profecías. Para mí era un cuento muy bien elaborado y adornado con la única intención de atemorizarme.